

Ricardo Tudela

Completación de la vida



El hombre es, vitalmente, incompleto. De ahí parte, precisamente, su lucha con la naturaleza. Es incompleto en cuanto hombre sin sentido de sí mismo y como camino precario de experimentación. No cuesta ningún trabajo demostrar que la propia naturaleza acrecienta sus limitaciones, pero, eso sí, dejando que la avidez vital represente el latigazo perenne. De aquí que la primera función de cultura consista en librar, cuanto más pronto mejor, ese combate de dominio y superación. La estructura terrestre aherroja al hombre en los vastos y afiebrados contornos de la existencia. Desde esa densidad parten todas las esclavitudes, porque la vida, aun en sus manifestaciones globales, no puede ser sino una perturbadora serie de nociones para los preliminares de la «vida».

Esto quiere decir que el hombre no es tal, sino cuando empieza a posesionarse desde adentro de las cosas. La vida, para la sensibilidad actual de las mayorías, es apenas cierta ondulación de placeres y dolores vagos; en sus mismas afirmaciones de claridad aparece imprecisa,

deslizante, sin fuerza de comando. Mas, el negocio esencial de una autenticidad de vida parte, necesariamente, de las potencias profundas, es decir, desde los planos en que existencia y esencia crean el combate del hombre. Vivir, entonces, es exaltación integral del ser, a objeto de crear la realidad interior, ni más ni menos que esa intensidad lúcida y autónoma de conciencia que da al hombre y a su vida un sentido incluyente y total. Para ello, nada mejor que enfrentarse con el propio desenvolvimiento. La naturaleza no es yo, sino el combate que le precede; y cada alma, para adquirir su identidad profunda, debe apresurarse a cancelar esa precedencia. El camino parece estar en una «negación» de la naturaleza en cuanto se afirman sus leyes esenciales en la realidad del espíritu. Perder los tiempos es demorar ese desenvolvimiento; y cuando digo los «tiempos» establezco definitivamente una intención cabal, porque en el crecimiento interior existen tiempos intermedios y tiempos definitivos. Una sinfonía o un poema tienen, igualmente, esos tiempos; los tienen como tonalidad para el valor intrínseco que distribuye los «acentos», el ritmo animador y los impulsos creadores. La técnica estética presupone una prioridad alígera del espíritu; de igual modo como una técnica del espíritu presupone una prioridad trascendente de la estética. Esta correlación substantiva es el verdadero nudo de la vida como devenir, porque el valor austero de cuanto extrae de sí mismo el hombre, entraña una voluntad de superación más fuerte que las contingencias y el drama cotidiano. Desconocer

esa realidad o mofarse de ella, bajo pretexto de virtuosismos humorísticos, podrá ser higiénico o fecundo, artísticamente, pero implica, irremediablemente, una marginación del impulso directriz. Es, simplemente, un juego de «mañanas» que no tendrán nunca su «ahora»...

Dentro de todo esto hay que aceptar otra realidad: todo proceso de evolución interior es una confabulación dramática de los sueños. No es posible prescindir, para tan intenso crecimiento, de esa colaboración hiperfísica, porque desde sus zonas distantes la vida va recibiendo sus transformaciones. El consciente es, necesariamente, la expectación y el límite. Más adentro, en los campos subconscientes, tiene el hombre su verdadero sentido de crecimiento y de amplitud. En ese país—nebuloso y hostil para todos—existe el único clima de «salud», porque sólo desde él se crea la perfecta vitalidad interior. Así, el sueño o los sueños, representan los dos tercios de nuestra verdadera vida, pues merced a ellos actúa lo auténtico del hombre: «lo inconsciente». Al efecto, serán siempre ciertas aquellas perturbadoras palabras de Shakespeare: «Estamos hechos de la materia misma de nuestros sueños». Aquí está, precisamente, el punto arduo y truculento de todo despertar espiritual: malograr la riqueza de los sueños. El inconsciente—mundo extraordinario—desbarata, por los sueños, la tiranía de la naturaleza; es el impulso desconocido que lucha, incansable, por cosas más hondas que aquélla. Una vez más comprendemos, a través de los hervores de la vida, que la naturaleza debe ser superada; y debe

serlo vigorosamente, robusteciendo sus contactos, abriéndole fuentes secretas, hurgándole con sangre la entraña en una audaz captación del espíritu creador. El problema de toda cultura, pues, arranca de la raíz misma de lo paradójico. . .

* * *

Aceptada esa realidad, el hombre se encuentra inesperadamente con sus contradicciones. La naturaleza es su cuerpo, sus necesidades, el instinto, la voluntad de vivir, el arraigo de la tierra. Pero por sobre eso, la vida, en cuanto vida, se crea, substancialmente, por una sobre-realidad: la muerte. La organización exterior de la vida no hace sino confirmar esa presencia metafísica del morir. Se dispone de una extraordinaria ilusión de tiempo, biológicamente extraña a lo que todos aceptan como vida. El tiempo no tiene, así, otra función que padecer de modo distinto la tiranía de la naturaleza. De lo que se establece que, para entrar en trance de evolución, nada mejor que confirmar las leyes naturales como ardiente contestación a lo irrefrenable de la vida. Lo natural en lo sobrenatural del espíritu. Sólo así se puede llegar al momento «histórico» de la aparición del dolor. La naturaleza quiere voluntades sometidas y el dolor las excita para libertarlas. Sufrir, entonces, es, incuestionablemente, cierta alegría intrínseca, esotérica; un gozo penoso que vive de lo sobrehumano del silencio, de lo más hondo y advertido de la soledad. La mordedura del

dolor remueve la energía profunda y, simultáneamente, el hombre identifica la hondura con un nuevo sentido de sí mismo. Es el instante preciso en que reconoce el «otro lado» de sus necesidades: empieza a pensar en el sentido de la palabra alma. Pensar en el alma es aproximarse a cierto estado de jerarquía espiritual. Y es, por eso mismo, un abrir recóndito de la puerta oculta de la vida; que es como decir: experimentar el primer desgarrón creador de la muerte. Del hombre empírico brota la realidad interior; y en armonía de su desazón se puebla la conciencia de una fuerza creadora: la angustia removedora, exaltante y sobrehumana de la muerte. Por eso insiste Unamuno en su metafísica de la «agonía»: un morir de los ardores de la vida alta y baja, a objeto de crear la vivencia profunda, que es singularidad y perennidad del ser. Esto es el arte, la palpitación misteriosa del arte.

* * *

Ahora estamos aquí y las órdenes del espíritu carecen de tiempo. El espíritu como medida ulterior del hombre integral, no puede realizarse sino en lo intemporal. Parte de todas las coincidencias vitales para una intuición pura y desnuda de la vida. Antes era la reflexión, ese cansancio de lo consciente que terminó por anquilosar la gracia de las cosas. El hombre estaba allí sin influjo subconsciente, como ligado a esquemas anti-naturales. La reflexión, por obra de sus propios recar-

gos, fué por largo tiempo el antiespíritu. Contrariamente al acontecimiento interno presente, que fluye desde zonas en que el sentido es una alianza para expresiones racionales de lo irracional. El acontecer es intensidad viva y surgencia de hombre en crecimiento, lo mismo de sí que el ser transmuta en vivacidad profunda. Así, el hombre se madura en decisión viril y prescinde del nombre autoritario de las cosas. La reflexión, pues, está reemplazada por la intuición, que desde antiguo tuvo formas y denominaciones arbitrarias y que en potencia y esencia es el espíritu.

Toda comprensión es presencia de esa unidad. Los griegos realizaron, vitalmente, el sentido dionisiaco, que tan admirablemente comprendiera Nietzsche. La vida, para adquirir su plenitud, tiene necesidad de cierto desequilibrio que caracteriza el estado de embriaguez. El instinto, más allá de lo reflexivo, toma formas intuitivas. El arte nace del hombre, pero bucea una realidad superior a él. Entonces, un arte que se detiene en lo meramente humano es sólo parcialidad; y el arte auténtico se nutre de cosas totales, porque previene la estrategia del vivir para una realización en que lo humano debe interiorizarse. Esto quiere decir que no hay artista intenso que no busque, consciente o inconscientemente, el hervor de su esencia, porque sólo en ella y desde ella puede concretar el sentido en que la vida se repliega en lo cósmico.

Hemos citado a Nietzsche. Estoy ahondando en su espíritu. Nietzsche tiene la fuerza instintiva que supera

la naturaleza y realiza lo que llamó, reiteradamente, lo dionisiaco. Nietzsche—pensador—artista por recobramiento de la «sobrevida»—tuvo el aspecto vesánico en que las cosas han menester de paradojas para ceñirse a la medida secreta del arquetipo. Esto explica su frenesí creador que rebalsa, brinca, trepa, despedaza, husmea, vuela, se derrumba y, como desenlace de tragedia helénica, abre abismos seculares. La carrera del padre de Zaratustra es una apasionada floración del élan vital a través de la alegría zoológica; su entusiasmo era incesante genio lírico en que lo humano se cansa de sus palabras para entregarse a la realidad fantasmal. Se vió ascender en terrible soledad y frente a los símbolos apocalípticos. Por eso se nutre de contradicciones y concilia la bestia con las cumbres. Es, en arte y filosofía, el irreligioso más profundamente religioso; tenía el valor de una nueva dinámica del espíritu: la estética. La soñó integral como actitud y definición y para viajes ardientes de cultura. Con esa plenitud—aun imposible—se entregó a un dionisismo desbocado dentro de la vida: lo demoníaco de su genio que tan admirablemente le descubrió Stefan Zweig en su famoso libro.

• • •

El hombre—llámese Shakespeare, Dante, Holderlin, Nietzsche, Walt Whitmann, Rilke, Kierkegaard, Dostoiewski—se juega entero al enardecer los mundos profundos. Todo ese coraje—esa universalidad—resue-

na sobre la conciencia estética a manera de extraordinaria sinfonía. De ahí que donde trabaja un artista auténtico se escuchan respiraciones subterráneas. El creador ensancha pulmones de alma en vigilia vitalicia; sabe inhalar el «aliento» que el resto de los hombres derrocha, porque su ley—en combate ardoroso con la naturaleza—es desgarrada y deshumanizada confrontación con los paradigmas del espíritu.

Cada gigante, puesto en su insubstituible ubicación, sabe que para morir hay que crecer; de esa manera persigue equivalencias intrínsecas como aproximación o justificación de otros mundos. Perseguirlos, pues, es buscar la unidad en esa presencia que le viene de adentro: la muerte. Este pronombre de la vida tendrá cualquier sentido, será lo que hagamos de nuestra individualidad, pero una jerarquía de ulterior explicación desanda sigilosamente las jornadas a objeto de que nada quede sin la autenticidad que se sueña. La muerte—la introversión religiosa de la muerte—es por eso la atmósfera ideal que circunda al artista. Cada impulso creador se integra en esa especie de «nostalgia» de lo que nos cuesta ser; no se vierte sólo como manifestación del yo—en cuyo caso vagaríamos en lo unilateral—sino que fomenta la pluralidad, el designo, las cosas que se niegan porque sí, el otro contento que rastrea los dolores y lo más alto e inexplicable de la vida. Y ahora estamos en la palabra máxima: ¡misterio! ¿Hubo alguna vez arte sin tan esclarecida alucinación? La vida quiere ser explicada por alguna realidad; es el artista—el

puro, doloroso y sobresaltado—el gran explicador. El arte, entonces, ondula entre misterio y expresión; o lo que es lo mismo: entre percepción del cosmo individual y la transferencia estética que la suma de fuerzas suprafísicas concentra sobre el sueño de belleza. El explicador—el artista está en sí para cosas perdurables, más representando aquella porción de su naturaleza que encadena el sentido vital a la medida interior. Ese hombre es artista; tiene el don de completarse. ¿Cómo? Desdoblándose en los sueños. ¿Cómo? Penetrando su propia efusión en la sobrevida. La intuición creadora centra todos los instintos; en alas de ese vértigo trasciende los planos, se realiza para una intensidad inalcanzable: la sobrerrealidad. Es ahí precisamente donde el creador encuentra su goce peligroso, porque nada ofrece seguridad. El creador ha llegado a un centro donde los horizontes no pueden concretarse, y son con esa sensación de lo arbitrario y difuso como nacen los delirios estéticos y la cosa madura, caliente, intencionada, limpia de pureza y bien capaz de los hallazgos exaltantes. La obra no es completa si no esconde un sentido hiperfísico de belleza. Sólo así estamos «allí», en la substancia total, completamente abiertos para los rumbos eternos. Esto puede llamarse redención. ¿Sin morir? Precisamente: en la agonía superadora del arte.

* * *

Es bien sabido: donde quiera que se desgarran un artista nace un sentido religioso. No importa que el mismo artis-

ta lo ignore. Arte y reconditez espiritual son valores simultáneos. Padece un hombre la tragedia de su desconsuelo cósmico y tenemos el acento profundo de su vida. Eso quiere decir que para ese hombre todo valor se organiza a través de su profundidad, porque lo individual adquiere la prerrogativa de lo universal si el ser trasmuta por el arte la síntesis buscada. Acento y síntesis son, desde entonces, metafísica. Puede tomar millones de caminos y al fondo de cada uno vislumbrará la misma realidad. De este modo sabe que su alma está en sagrada porfía porque la ve irse y desconectarse a cada momento. Anda y desanda, porque percibe que cuanto aceptan los demás como valor, no es sino cambiante fluidez de la naturaleza. Es otro plano de actividad en que la naturaleza no puede sino ceñirse a sí misma. De ahí que alma y naturaleza sean antagónicas y acaso no tengan más sentido de compenetración que el proveniente del arte. Una fe es asimismo arte en cuanto éste desdobra el espíritu para proyectarlo sobre la naturaleza. Todo podrá discutirse si el ser se aviene a conciliar lo paradójal con los órdenes establecidos; pero en cuanto el ser se entrega a sí mismo y anhela lo más profundo de su realidad, ya no son las cosas sino el espíritu. Esto explica que el hombre creador sea hombre de excelencias metafísicas. Necesita abandonar lo vital en homenaje estético de la esencia. Arte, ciencia, religión y naturaleza entrefunden sus elementos a objeto de obtener equivalencias anímicas. No es soñar solamente, sino indagar en qué misterios

encierra el espíritu el acto puro que lo emancipa. Yo conozco «eso» tan turbio que lleva más allá de la verdad. Y me digo: ¿la verdad? Sí: ¡la verdad! En el lado opuesto corre ese pobre peregrinaje en que la mendicidad espiritual de unos se esconde diabólicamente en el racionalismo de otros. Así no nace la libertad que se espera. En arte como en la vida la belleza, es un mundo sin oficialismos estéticos. El explicador ha venido para convencer sin razones, sin normas asfixiantes, entregado libremente a la fuerza oscura pero irresistible de su espíritu. El arte surge en su hondura para liberar lo más valioso del mundo, y en su afán de realizar tan extraordinaria labor apenas si le queda tiempo para comprender en qué altas esferas del pensamiento la vida recobra su dignidad y sus jerarquías ocultas. Esto demuestra que el creador va más allá del tiempo y de las limitaciones, superando el sentido natural y la organización conceptual del hombre. Crear es libertar. El espíritu, puesto en su propia emergencia; nunca elude esa función liberadora. Esto se constata en la conquista de poder espiritual que tiene todo verdadero artista. Ya lo reconoce un escritor hindú: «Es un creador de las grandes fuerzas de la vida, es el dueño y no el instrumento de la vida».

• • •

¿Dónde está entonces, el arte? Ahí precisamente: ceñido en lo de adentro. Nadie exigiría al gozo crea-

por otra explicación que las funciones de ese gozo. Mas, es el caso que en esa emoción exquisita crece la fuerza averiguadora del hombre. Hablo por supuesto, del hombre artista, sea productor o contemplador. Ese sentido participa de lo alto para el fondo religioso y de los ímpetus elementales para el sostén humano. Siempre será una proyección de vida, porque entre ésta y el hombre existe tal concordancia de valores a realizarse, que al final el juego existencial no puede sino devenir su esencia. El arte, en ese proceso, es tan fundamental como la vitalidad, pues en diversos estadios se identifica con ella; y no sólo en cuanto el anhelo de cultura asume actitudes constructivas, sino además porque la función estética libera el espíritu ante sí mismo. Tiene sobrada razón el pensador que dijo: «Comprendemos que la religión y la filosofía no son términos contradictorios; pero no nos hemos percatado de que el arte es también explicación de la vida».

Debo confesar—por mi manera de «intuir»—que en ese haz de procesos podría prescindir de innumerables valores, a condición de que se me dejase en el arte; es en su instinto de sobrerrealidad donde mi alma emancipa la insuficiencia de una vida que carece por su naturaleza de sentido de completación. El hombre se enfrenta con la vida guiado más por su afán de crearla que de interpretarla. Es lo lógico después del derrumbe del sentido intrínseco de la cultura. El hombre sufre ahora el pavor de una desolación sin precedentes, quedando como crucificado en su hiperestesia. La evasión

no puede venir más que concentrando su intuición creadora, vertiéndola sobre la hondura del espíritu a objeto de desdoblarlo en nuevas jerarquías. Y esas jerarquías evidenciarán, en cualquier alcance del dolor de totalidad, que la fuerza profunda del hombre representa el mejor sentido de libertad.

Walt Whitmann dejó un verso que he citado docena de veces: «Cambio de agonías como de vestimentas». Esas agonías son mis propios aspectos, los seres desconocidos que escamotean lo que aun no soy. He tenido que entregarme a todos los vientos del dolor y dejar que la soledad cooperase en mi obra. Pues bien, esa es mi felicidad. Sufrir y estarse solo es tanto como nacer cientos de veces en una muerte. Se muere de eso que llaman muerte, y de lo «otro» que la supera en clarividencia y profundidad. Pero la vida no puede dolerse de que se le achique por una muerte simple, porque ésta reemplaza el tedio vital por una emoción metafísica. Cualquier corazón advertido sabe que la irrealidad es la más tremenda presencia. Mas, después del viaje en que hombre y espíritu dejan la «cosa distinta», nuevamente adquieren autenticidad y hervor de tales. Y sólo así nace el arte, que es un escarbar en la «otra cosa», en que tú y yo nos sentimos tan intensos y tan vivos como lo que desea superarnos: trance de ojos limpios, de pasiones desnudas, de ardores y hervores que no pueden sino ir desde la sangre hasta la paciencia metafísica de crecer y ascender.

* * *

Contrariando toda clase de filosofías, el hombre busca permanecer fiel a sí mismo. Esa fidelidad es anhelo de completación. Pero una intensidad espiritual es hombre en cuanto involucra su medida del mundo, y sentido de realización por medio del arte, si el hombre sabe utilizarse como instrumento del espíritu. El arte no puede prescindir, para ser auténtico y profundo, de esa supraconciencia que retoma el sentido interior; lo hace merced a su poder de intuición y como crecimiento de las fuentes permanentes de la vida. Todo artista, por eso, es como una flecha disparada perennemente de su propia profundidad, hacia horizontes y derroteros en que la belleza no puede tener sino fisonomía de libertad. La cosa esencial del arte está en una coincidencia de fuerzas impenetrables, máxime cuando cualquier actitud heroica del arte fuerte no se concentra sino en lo hondo del espíritu. Entonces, los motores del arte mueven vitalmente y espiritualmente la entraña de la vida, pero a condición de que ésta se identifique con la disconformidad del hombre para una sobrerrealidad de lo humano. Sin lucidez nadie aperece los ademanes secretos que esconde un arte de verdad; lo que demuestra que tanto importa crear para conquistar, como aceptar el silencio más pavoroso para ceñir lo de adentro. El arte es eso: mucho callarse para la cosa insobornable y cierta bandada suelta de palabras atrevidas que buscan

nombrarnos. Un alma reconoce la finísima resolución del sueño en la hora de crear. La reconoce como vivencia y expresión de la obra. De ahí que no «entiende» sino en parto gozoso de creación. Y en cada instante de tan íntima lucidez, alma, sueño y obra traducen la «presencia» esperada.

Recordemos los «Años de aprendizaje» de Goethe. Crece allí un hombre; la medida humana del mismo, el arte y su porfía como destino. Cada cuadro, desde las afueras del paisaje, completa la obra interior. Dentro de ese espejo refléjase al ser del artista, lo que le permite entrever mundos de aliento. Eso—la hondura de eso—remueve el rescoldo individual con rumbo a una ardiente y clamante realidad de lo «humano». Ahí está precisamente la doctrina del arte. Sin palabras y, paradójicamente, con alucinantes y porfiadas palabras. Hay existencias que penden de la fuerza redentora de las palabras. Y las hay que naufragaron por no abrazarse líricamente a determinadas palabras. Este es el grito de Terencio: «Estoy tan lleno de grietas que por todas partes me salgo». Y la palabra viene a ser el recipiente o la taza para recogerse y beberse. En igual comprensión se encontraron los que no pudieron sino herir la entraña profunda, porque de esa herida surgieron Shakespeare, Cervantes, Dante, Shelley, Leopardi, Alfredo de Vigni, Holderlin, Nietzsche, cuanto goza de altura sobre la tierra. «Pensar es unir», dijo Kant. A través de tal unión, sutilmente iba infiltrándose la magia liberadora de los símbolos; y es así como la palabra ejerció

su divina jerarquía de crear libertad y remover honduras. Las palabras gimen, cantan, se retuercen y lloran; exactamente como los hombres. Con esa condición humana levantan inescrutables polvaredas en todos los caminos, mientras desde el fondo se oye al fin una persuasión de eternidad. Lo que vale tanto como ratificar perennemente el espíritu. Es lo que dice Goethe en su libro citado: «Las palabras son buenas, pero no son lo mejor. Lo mejor no se transparenta en las palabras. Lo supremo es el espíritu con el cual obramos. La acción no es comprendida y reproducida más que por el espíritu». Ello se debe a que cada ser es incompleto en la misma e idéntica proporción en que lo es la vida. Lo que engendra el combate del vivir—del vivir creando—pues sólo entonces el arte tiene una razón fundamental de contingencia y voluntad. El hombre artista es mucho más que su arte: tiene excelencias en demanda de esencias. El ir y venir entre la obra no es sino ajustado y ahondado crecimiento; el acontecer queda como a espaldas de tal voluntad creadora, bien que, en última instancia, cualquier agonía se emancipa del proceso humano para ser otra cosa distinta: el hombre de adentro. Esto quiere decir que toda comprensión de un arte de verdad se ciñe en un sentido integral, conforme a estas palabras del mismo Goethe: «Sólo parte del arte puede ser aprendido, pero el artista necesita todo el arte». ¿Por qué? Por aquello que agrega ese poeta: «La doctrina del artista auténtico está llena de sentido».

* * *

Pero es el caso que cada hombre lleva en sí mismo una terrible espera. Quisiera ser lo cabal y apenas si logra ciertas transparencias consoladoras. Eso le vuelve meditativo donde debiera exaltarse. No lo sentimos demasiado. El hombre que está en espera de su hombre interior, vierte posibilidades recónditas en cosas deleitosas. Claro es que nunca el arte será deleite puro. Para serlo tendría que ser arte sin expresión, en oculta fluidez, ajeno por completo al artificio y su vehículo natural, el elemento humano. Eso es imposible, salvo en ciertos estados de misterio de la música y la poesía. Pero el artista tiene que responder al mundo, y es el caso que cuanto más lo centra sobre sí mismo, más debe presentar el sentido dramático de su misión. Ser artista es administrar fuerzas de terrible peligrosidad. La sensibilidad imprime direcciones turbulentas, de las cuales recibe el arte sus mejores hallazgos. Así, nada más amenazador que una vida replegada sobre lo sutil, pues cuanto más se afina la máquina creadora, más interferencias cósmicas recibe la conciencia. Lo peligroso —en arte— es precisamente lo heroico, no en el campo del hacer, sino en la intensidad emocional y penetrante de la energía creadora. Y ese coraje es, frente a su propia peligrosidad vital, sacrificar las urgencias del mundo, el canto de las sirenas, la humazón del éxito, el tentarse en posesiones ficticias... Lo que explica que

todo artista no logre prescindir de la oculta religiosidad de su función; firmeza para ser un latido universal estremecido, alerta, lúcido, por llevar tanto de dolor como de alegría liberadora. En arte se tiene la probabilidad de una cosa rotunda como es la inmensidad metafísica del símbolo, desde el cual se puede partir con la mirada predestinada y el corazón sangrante de humanidad. Sin esa porfía cósmica no adquieren supervivencia ni el arte, ni sus sueños, ni el artista, ni los desgarramientos del trágico cotidiano. Es el sublime lirismo en que forma y espíritu se identifican. Obra de hora purísima. Obra de segura limpidez. Tal visita—para ser más profunda—va conciliando sus mundos: la muerte. ¿La muerte? Sí. La muerte, que es, más que realidad, intuición creadora; como si la presencia del ser y su sentido inasible se compenetraran. Y todo en perfecta y afinada evasión de los sueños.

Seguramente, al final del campo tan abierto, el hombre retoma su soledad. Es la hora precisa de su gracia perfecta, cuando el artista adquiere la certeza cósmica de su destino. Se ha visto crecer y todo carece de importancia desde entonces. No inquiere, sino que se repliega en la realidad de sí mismo, en el sentido ecuménico de su arte. Arte y sobrevida refluyen desde todos los mundos. Ahora, en posesión de otro secreto, ha dejado cierta dulzura melancólica en las palabras, que son de todos los hombres. Y ha dejado, más que eso, una fuerza removedora, penetrante, irresistible, que por cierto va de lo humano en demanda de esencias.

Es la hora de la embriaguez y del arte borracho de sentidos. Y sólo entonces no precisa sino recomponerse: lo mismo que dejarse ir. Y así hacia todas partes, en círculos alusivos y concéntricos, previendo la consoladora marejada de la vida que ha de envolverle.

En ese valle, bien armonizado para todas las ascensiones, son humanamente ciertas aquellas palabras de «El jardinero» de Tagore: «Que esto no sea un morir, sino un completarse».